

Habitante en el tiempo, de EMILIO OVIEDO.
Ediciones Alerce. Santiago, 1961

La Sociedad de Escritores de Chile premió este pequeño libro de poemas. Apenas son once y algunos muy breves, pero no por eso hemos de menospreciarlos. En 1947 publicó *Ala y raíz del corazón* y luego, catorce años de silencio. ¡Qué saludable sería para no pocos poetas domar sus ímpetus publicitarios, acallar sus voces destempladas, vivir en la intimidad de sus espíritus y dejar en paz al prójimo que debe tolerar esa avalancha de verborreaseudolírica, lanzada a los cuatro vientos con bombos y platillos!

Los chilenos, por cierto complejo racial, tenemos propensión a las "fiebres": fiebre del oro de California, fiebre del salitre, fiebre de la política y ahora último, "fiebre de la poesía". ¡Y ésta sí que es perniciosa!

Señores solemnes como catafalcos en funeral de primera clase, damas naturalmente canosas, jóvenes y chiquillas coléricas y medianamente cuerdas, niños y niñas prodigios, todos quieren ser poetas y lo peor del caso es que se exhiben como tales con una falta de pudor estético que abisma.

¿Es pecado cultivar la poesía? Es virtud, afina el espíritu y embellece el alma, pero, ¡por favor! no publiquen a tontas y a locas; es profilaxis, es venero de ideas enriquecidas con el ropaje sutil y armonioso del encanto, pero no hay que ser tan débiles de carácter y tan enfermizantemente ególatras.

Habitante en el tiempo es una excepción. No conocemos al autor, ningún compromiso nos liga y si lo segregamos del grupo y le prodigamos algunos elogios, es solamente por la satisfacción de expresar un estado anímico agradable, nacido al contacto con una poesía simple, novedosa, expresiva y musical.

Siempre hemos defendido la rebeldía del verso, no porque el ritmo, las consonancias y asonancias de nada sirvan (sería una insensatez el solo pensarlo), sino por esa especie de libertad que anhela todo poeta, deseoso de volar sin trabas. Pero no basta prescindir de las reglas, no basta que la imaginación cree sin control, transformando el poema en una ininterrumpida sucesión de sandeces y vulgaridades. Por sobre todo hay que ser poeta y este don anida en lo más recóndito del alma y es casi siempre inaccesible aun para el agraciado.

Emilio Oviedo no hace alarde ni ostentación alguna. Alejado del hermetismo enmarañado y retorcido de no pocos, deja que la poesía lo unja, quemé y aprisione con suavidad honda, con soledad angustiada y con aspiraciones de estrellas; con perfiles mutilados, con mares arrullando y con trozos de sol engastados en el agua.

Nada de gemidos ni estridencias cuando lo invade la amargura o lo lacera la duda; nada de locuras pasionales cuando "un ala intangible de amor y de esperanza" pasa acariciando su rostro; nada de ternuras melifluas y acarameladas cuando la nostalgia de una "risa de antaño" viene en el "rumor de una ola" o en "una puesta de sol".

En todo el libro se respira una atmósfera inquieta de insatisfacción existencial, que en el último poema, "Habitante en el tiempo", aparece en su

cruda realidad. ¿Cómo liberarse de sus garras? Imposible. Invisible e implacable el tiempo nos penetra, nos envuelve, nos conduce hasta el momento definitivo y allí nos abandona para dejarnos cara a cara frente a lo intemporal, frente a lo inmóvil, frente a lo eterno.

El poeta se sintió "traspasado de gozo" y sufrió como todos, "pero sin amargura"; una "mujer de tierra generosa" dióle frutos: "Soledad, Rodrigo, Macarena, Ramiro" y bebió lágrimas entre las "campanas de risa de mis hijos"; se sumió en el amor, se embriagó con sus delicias puras, "repitió su sangre", "prolongó su nombre" y "perpetuó sus sueños", pero en lo más recóndito, allá donde sólo él puede llegar, existe un clamor estrangulado, porque se ve "un cruzado sin cruz de mi propio destino".

Oviedo revélase así un lírico de vastas proyecciones y sin pretenderlo sus vivencias interiores encarnan la tragedia de quienes van tras una búsqueda sincera y dolorosa:

*"Y sin embargo espero, con terquedad espero.
Llamo, pido, pregunto:
¿me tenderá la gracia su mano iluminada?"*

Sin lugar a dudas, es éste el momento de más intensidad vital. "Cántico del fuego", en cambio, lo supera en el arrebató imaginativo, en el esplendor metafórico.

Los interrogantes se suceden en una amalgama de tiempo, destino y vida. Busca en Heráclito el símbolo del fuego para hallar una respuesta, pero su clamor se pierde en el vacío:

*Todo cambia de rostro y de presencia.
¿Nada hay debajo, nada permanente?
¿He de girar sin fin sobre mí mismo
como un triste pivote abandonado,
caminando en tinieblas y entre vientos oscuros
rectamente a la nada?*

Habitante en el tiempo, canta también a la amada. Los poemas "Brújula perdida", "Tu corazón", "Existencia" y "Capitana del sueño" ahondan en la emoción de esa isla encantada en que floreció su vida. Su espíritu se inflama, surgen armonías, la ve en lontananza en "verde mansión iluminada".

Ella es bella, es ideal de un corazón con tibieza dulce y blancura de estrella:

*Amiga predilecta de cada estrella pura,
favorita del mar que te arrulla cantando,
capitana celeste mi corazón te guarda
como un trozo de sol engastado en el agua.*

Y para completar el panorama poético, el poeta eleva el tono entonando un himno que le nace desde las entrañas: "Chile: canto de amor".

Tiempo, mar, amor, existencia y estrella son los elementos fundamentales

que enlaza el poeta para entregarnos sus sueños, añoranzas, amarguras y esperanzas con vivencias palpitantes y aciertos de artista.

Francisco Dussuel.

Mariano Azuela — Vida y obra, de LUIS LEAL.

Ediciones De Andrea, México, 1961. 182 págs.

El autor de esta obra, catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad de Illinois, es un destacado estudioso de las letras mexicanas. Entre sus numerosas obras figuran los estudios que ha hecho sobre el *Jicoténcal*, los cuentos de Amado Nervo, las civilizaciones y culturas de México, la novela de la revolución, la bibliografía del cuento mexicano y muchos otros aparecidos en prestigiosas revistas de las Américas y de Europa.

El trabajo de Leal ofrece, en la primera parte, una detallada biografía de Mariano Azuela, reconstruida a base de innumerables fuentes. Abundan los datos autobiográficos, los testimonios de parientes y amigos, los documentos oficiales y una serie de materiales, cuya autenticidad innegable refuerza la labor del biógrafo. En forma interesante y ordenada surge la vida del gran novelista mexicano en calidad de antecedente indispensable para comprender bien la obra que realizara en las diferentes etapas de su existencia.

Dentro de la producción de Azuela figuran en primer término las novelas, agrupadas por Leal en cuatro apartados que llevan respectivamente los siguientes títulos: "alborada, mediodía, atardecer y ocaso". La historia, descripción del contenido, orden cronológico, clasificación, caracterización e importancia de cada una de las novelas, así como los rasgos más sobresalientes del período a que pertenecen, llenan buena parte de este estudio. Considerando que Azuela fue, ante todo, novelista, Leal se detiene a examinar con meticulosidad y pleno conocimiento de la materia este sólido fragmento de la producción azuelina. No se excluyen de esta parte, sin embargo, las piezas de teatro, los cuentos, los ensayos críticos y las biografías que completan el repertorio del autor de *Los de abajo*.

Aunque al describir la nutrida variedad de libros con que Azuela enriqueció las letras del continente, Leal apunta frecuentes juicios críticos, anticipa observaciones de conjunto y bosquejos analíticos, todo lo cual comunica cohesión, forma y sentido al fenómeno literario que trata —vida y obra—; la tarea de determinar los méritos literarios permanentes no comienza hasta que se inicia el capítulo titulado "proceso creativo".

La evolución de los temas y asuntos, la caracterización del ambiente y la naturaleza en sí y en su relación al conjunto creado por el escritor, la pintura de los personajes, los rasgos estilísticos y la técnica estructural de las obras son los tópicos en que Leal ahonda con segura objetividad y notable acierto. De este modo procede a una interpretación valorativa de cada uno de los componentes del arte de Azuela. No falta tampoco una "apreciación final" en que el crítico hace un admirable esfuerzo por sintetizar el abundante caudal de sus observaciones.